

entonces atropelladamente, los embisten con violentos alaridos; los fugitivos aparentes se revuelven y hacen frente con teson; dura largas horas el trance sangriento, y quedan destrozados los cristianos, salvándose un cortísimo número en el pueblo. No desmayan por este desman los sitiados, y lograron luego su desquite; pues habiéndose apoderado los musulmanes por asalto de una torre grandiosa, los atacaron los cristianos y pelearon tan encarnizadamente, que no quedó un enemigo á vida; y con este motivo despues los árabes la apellidaron *Bordge la Chuhada*, la torre de los Mártires.

Llegó en esto del Africa Abdelaziz ben Muza con siete mil caballos y un crecido número de ballesteros bereberes; y la ciudad, al ver al enemigo reforzado al paso que ella se debilitaba é iba careciendo de abastos, se avino á capitular. Recibió Muza á los enviados en su tienda, y quedó acordada la capitulación; era ya anciano Muza, y para encubrir un tanto su vejez solia teñir de encarnado su barba blanca, dice un historiador célebre, y esta costumbre del conquistador árabe daría motivo á lo que se refiere de la impresion que hizo en los diputados de Mérida la segunda vez, el remozamiento del anciano (1); quien se mostró inexorable en punto á la presa en las condiciones que impuso á los meridianos. Sobre el tributo anual de guerra (kharadji) y la confiscación de bienes de cuantos habian fallecido durante el sitio, ú que quisieran dejar el pueblo, exigió los ornamentos y riquezas de las iglesias, la mitad de los edificios consagrados al culto de Cristo para convertirlos en mezquitas, y escogió sus rehenes de las familias mas esclarecidas de godos, guarecidas allí despues de la batalla de Jerez; y entre ellas se hallaba la reina goda, viuda de Rodrigo, Ejilona ó Ejila, llamada Aylat por los autores arábigos.

Muza, ya conquistador y dueño de Mérida, hizo su entrada triunfal el 1.º de schawal 95 de la egira (11 de julio de 712), el dia de alfitra (2). Algunos dias antes habia sobrevenido un alboroto en Sevilla donde fenecieron ochenta árabes de la guarnicion que Muza habia dejado, huyendo los demás atro-

pelladamente. Abdelaziz, enviado por su padre contra la ciudad sublevada, entró con bastantes fuerzas y degolló á cuantos alborotados que los autores arábigos tachan de alevosos) quedaron en el pueblo sin lograr ponerse en salvo. Entregó Abdelaziz la ciudad ya de asiento á algunas tribus de árabes del Iémen que acudieron á avecindarse, y tuvo orden de su padre para encaminarse á la parte meridional de la península.

Mientras acaecía todo esto en la Lusitania y la Bética, Tarec, posesionado ya militarmente y afianzado en Toledo, seguia adelantando sus conquistas hácia el Norte, y acosando y dispersando partidas de godos que vagaban todavía por los campos. Llegado al Guadilhidiara pasó aquel rio, trasmontó las montañas (la sierra de Guadarrama) por un valle que de su nombre se apellidó Feg-Tarec (Buitrago), fué tomando pueblos allende los montes por los distritos que despues han venido á componer Castilla la Vieja, Medina del Campo, el fuerte de Almaya, Medina Celi (Medineth Salem), etc., y volvió á Toledo cargado de muchísima presa. Entre otras preciosidades, trajo, dicen, la decantada mesa de Salomon, de esmeralda y de oro, que sueña tantísimo en todas las relaciones de los conquistadores. Afirman algunos que la alhaja imponderable era de Toledo (1). Segun autores, no pasó Tarec de Almaya, cuando se volvió á Toledo, al paso que otros lo hacen internarse en Galicia y señorearla al primer embate, con todo el pais que media desde Astorga hasta Jijon (2); mas carece de verosimilitud este dictámen.

Al saber el rumbo del generalísimo hácia Toledo, acudió allí ejecutivamente Tarec, pues allá se encaminaba con efecto Muza para residenciar al lugar-teniente por su desobediencia, avasallando al mismo tiempo cuantos pueblos hallaba al tránsito. Corrian á vanguardia partidas volantes de caballeros pregonando por donde quiera que no venian los árabes para acosar y empobrecer á los habitantes, quemar sus mieses é incendiar sus moradas, sino para traerles el conocimiento de Dios, guerreando tan solo contra los rebeldes que se obstinaban en

(1) Se les apareció Muza, dicen, el primer dia con barba blanca, y el segundo la traía roja con visos denegridos. Causóles mucho asombro, y vueltos al pueblo, dijeron á los sitiados: «¿Qué podeis emprender contra gentes que remozan su albedrío en viniendo á envejecer? Pues así lo practican los reyes á quienes hemos visto canos de vejez y luego mozos. Con que concededles cuanto quieran, si quereis quedar en salvo.»

(2) Es el dia de la Pascua en que se termina el Ramadan.

(1) Véase la geografia del Nubiense.

(2) Llega Gibbon á decir que Tarec hubiera podido esculpir sobre el postrer peñasco aquella inscripcion de Regnard y sus compañeros al estremo de la Laponia: *Hic tandem sletimus nobis ubi defecti orbis*. Mas como Gibbon estaba imposibilitado de acudir en derechura á las fuentes arábigas, se dejó tambien aquí descarriar un tanto.

una resistencia infructuosa y desatinada (1). Iban buscando por donde quiera en sus correrías aquellos puentes portentosos, aquellos restos magníficos de la grandeza romana, que asoma todavía en sus rastros por España, y que conceptuaban obras, no de los romanos, sino de los antiguos jónicos, como dice uno de sus autores: Pasmóles ante todo el primor y la solidez de los puentes del Tajo y del Guadiana, y prorumpían en espresiones pomposas y orientales, pues aquellos monumentos les parecían salidos de las manos de algún numen, y no de los hombres.

Llega Tarec á Toledo antes que Muza; sale aceleradamente al encuentro al generalísimo, cuyo mal ánimo para con él tenía entendido, y le halla en Medina Talvera (Talavera de la Reina). Al verle Tarec, se apea obsequiosamente, y se adelanta á pie hacia él. Era el vencedor de Guadalete; héroe sencillo, pero brioso; se llega al wali sin altanería, pero sin rendimiento, y con la política taimada que siempre sobresalía en su ralea africana, ofreció á Muza, cuya codicia le constaba, algunas alhajas primorosas que le habian cabido en los repartos. Escaseó este sus agasajos al lugarteniente, sin prorumpir desde luego en muestra de enojo; despegado fué el avistamiento, pero sin baldones; llegaron juntos á Toledo, pero al apearse, junto Muza la oficialidad suprema de ambos ejércitos, y á presencia de aquella especie de consejo de guerra, fué preguntando adustamente á su segundo, descargándole amarguissimas reconveniones: «¿Por qué no has cumplido mis órdenes?» repetía mas y mas el wali. Aquel era con efecto su cargo principal contra Tarec, y yerro innegable de este; pero aquella misma falta habia puesto en manos de los musulmanes, en tan corto tiempo, la capital y las ciudades principales de la península. Disculpóse Tarec con la oportunidad de las circunstancias y el dictamen de sus oficiales que le habian estimulado á insistir en una conquista, obvia con el terror y desconcierto general, pero muy árdua, si se daba á los godos y naturales treguas para rehacerse. Muza se hizo entregar la presa y la parte del estario, insistiendo particularmente en la presentación inmediata de la decantada mesa de Salomon, que Tarec le envió con efecto, arrancándole antes

un pie con la mira próvida y genial que veremos á su tiempo. Le reconvino Muza sobre aquella estrañeza, mas contestó que asimismo la habia hallado. Quedó por conclusion apeado Tarec; y Muza, en nombre del califa, entregó el mando á Mugeith el Rumi; y aun se añade que el paradero de los cargos fué prender Muza al vencedor de la España, y hacerlo apalear á presencia de sus compañeros de armas. Mugeith, sucesor suyo, con rasgo verdaderamente pundonoroso, tomo por sí solo y declaradamente la defensa de su general, arriesgándose á incurrir en el desagrado del wali, encareciendo las prendas de Tarec, quien sin embargo quedó definitivamente depuesto, dando parte al califa; pues según algunos, estaba Muza empeñado en quitar de en medio á su competidor.

Este altercado entorpeció por algun tiempo los adelantos de las armas musulmanes al Norte y al Poniente de la península.

Proseguia sin embargo Abdelaziz la conquista por las costas orientales. Ya se ha visto como reducida Sevilla, habia avecinado á varias tribus yemenitas, y luego marchando por disposición del padre á la parte de España bañada por el Mediterráneo, se encontró con aquella raya defendida por el caudillo de los cristianos, Teodemiro, llamado Tadmír (1) por los autores arábigos. Le habian los godos elegido rey, con cuyo motivo los conquistadores llamaron al país que estaba ocupando *tierra de Tadmír*. El idéntico nombre y por la propia razon dieron tambien á un pueblo, ú sea castillo encumbrado en las haciendas de Teodemiro, sobre la raya occidental de Murcia, á la falda de una sierra, y en el solar actual de Caravaca (2). Era Teodemiro varon esforzado y habia sobresalido en repetidos trauces, con especialidad en el de Guadalete, acreditando su teson y cordura en su retirada valerosa hacia el país recién nombrado. Aunque reducido á una corta partida de soldados, resolvió defenderse con sus valientes, y no dejarse desposeer

(1) Propiamente *Tadmír*, pues el nombre arábigo carece de vocal entre la T y la D, de modo que no consta que las letras arábigas que componen esta voz deban sonar *Tudmír* ó *Tadmír*.

(2) Resulta al parecer con efecto por un paso del itinerario de Abi Mobamed ben Ruzach, citado por Faustino Borbon (*Carta para ilustrar la España árabe*, etc., p. 79), que *Tadmír* estaba situado entre Nerpio y Murcia; la espresion árabe es *Carietucat Tadmír* (la fortaleza de Tadmír). Es probable que la voz *Tadmír* se habrá perdido, y que *Carietucat* haya parado al pronto en Garucat, y al fin en Caravaca.

(1) Asoma siempre mas y mas el temple religioso de esta guerra. Hervia aun en los pechos árabes á la sazón todo el afán del proseliuismo, como apóstoles armados que se suponían de Dios. Todos los pueblos, aun sin exceptuar los cristianos, eran según ellos *moscherikun* (politeistas, asociadores).

de sus estados, sin echar antes el resto de su gallardo tison. Noticioso de la ida de Abdelaziz contra él, se le adelantó con cuanta gente esfórzada pudo allegar para atajarle el paso. Señoreando sierras y cumbrés por sus fronteras, hostilizó al pronto ventajosamente al enemigo por los tránsitos y desfiladeros que iban defendiendo á palmos. Ansiaban Abdeláziz y Habib ben Okbah, compañero suyo en la expedición, formalizar una batalla; mas eran escasas las fuerzas de Teodemiro para trabar pelea con un enemigo que las traía tan superiores; y así se contentó con ir asaltando á los árabes en su marcha y hostigándolos cuanto le era dable. Con su tison incessante se internaron por fin los árabes hasta la campaña de Lorca, y lograron dar batalla á los cristianos, derrotándolos rematadamente. Los fué acosando la caballería de los bereberes con la lanza sobre la espalda hasta que vinieron á guarecerse en la primera ciudad fortificada (Orihuela).

Quiso Teodemiro aventurar la suerte hasta el extremo, pues el enemigo con sus diez tantos de fuerzas no podía menos de rendir á Orihuela, mas esperaba lograr una capitulación favorable y la consiguió. Careciendo de tropa, ideó un ardid que surtió efecto: hizo vestir el casacaon godo á todas las mujeres de Orihuela, que descollaron á fuer de guerreros por las almenas de la ciudad sitiada, y aun se añade que para facilitar el engaño les hizo arquear el cabello en forma de barba varonil. Cayó en la red el árabe victorioso; pues fué cercando los muros militarmente y en ademan de asalto sangriento: entonces salió Teodemiro de parlamentario y pidió, de parte del rey godo, conferenciar un rato con Abdelaziz, y conduciéndolo á su tienda y recibiendo muy bien, le rogó, en nombre de Teodemiro y del vecindario cristiano, que se aviniese á ajustar con él una paz decorosa, bajo las condiciones que se podían prometer de la generosidad del caudillo musulman, y correspondían á un príncipe esclarecido que solo las pedía por ahorrir la sangre de las poblaciones puestas á su cargo. Agradóse Abdelaziz de la propuesta y trató inmediatamente del ajuste con el plenipotenciario del rey cristiano, quien tuvo á cordura el no manifestarse todavía. No consta cabalmente todo este pormenor, aunque en extremo yerosimil, pero si es muy positivo el tratado curiosísimo de paz, concluido delante de Orihuela, entre Abdelaziz y Teodemiro, cuya redacción auténtica se conserva, y cuya traducción literal de documento tan importante es como sigue:

«En nombre de Dios, clemente y misericordioso: rescrito de Abdelaziz, hijo de Muza, á Teodemiro

ben Gobdos (1):—que se le conceda la paz, y que sea él un pacto y un convenio de Dios y su profeta, á saber: que no se le hostilice ni á él ni á los suyos; que no se le deponga ni aleje de su reino; que los fieles no maten, cantiven ó separen á los cristianos de sus hijos ni de sus mujeres, que no los violenten sobre el punto de su ley (religion); que no se quemén las iglesias, sin mas obligaciones por su parte que las aquí pactadas. Queda convenido que la potestad de Tadmir se estenderá y ejercerá pacíficamente sobre las siete ciudades siguientes: Aurualet, Balentolat, Locant, Mula, Biscatet, Atzhi y Durcat; que no se apoderará de las nuestras; que no guarecerá ni auxiliará á nuestros enemigos, ni ocultará sus intentos contra nosotros, sobre lo constan. El y los suyos se sujetarán pagar un rédito igual de un dinario de oro, veintio medidas de trigo, otras tantas de cebada, de vino cocido, de vinagre, de miel y de aceite, y los esclavos y campesinos la mitad.—Fecha, el 4 de redjeb del año 94 de la egira, y firman el escrito presente Otman, ben Abi Abdah, Habid, ben Abi Obeida, Edris ben Mafcera, y Abul Casem, el Mozeli (2).

(1) Como el texto árabe y la traducción latina, así el texto español. Concluido el tratado, Teodemiro se manifiesta á Abdelaziz, quien lo agasaja y hace que vayan juntos, con tanta llaneza, dice el historiador de Muza, como si fuesen amigos antiguos. A la madrugada, Abdelaziz y su oficialidad principal, en la qual sobresalían los firmantes del tratado, esclarecidos en la historia de la conquista, entran á caballo en Orihuela para visitar á Teodemiro. Reciben el cristiano capitaneando un cuerpo selecto, pero reducidos á unos mil hombres. Pásmase Abdelaziz, y pregunta: «¿dónde para aquella multitud de soldados que estaban estos días coronando las almenas?» Confesase su ardid Teodemiro, y Abdelaziz y los caudillos musulmanes, en vez de enojarse con él, se lo celebran; y aun se entabla cierta estrechez entre Teodemiro y el hijo de Muza, quien se alberga tres días en casa del príncipe godo, y luego Abdelaziz, reincorporado con su ejército, se marcha hácia las campañas de Jaen, retrocediendo así hácia el Sud-este. Pasó por la tierra de Segura, entró en Batza y en Aexi, en Jaen y en Elvira (Iliberis), En Garnata, que estaba al cargo de los judíos, Anticarra (Antequera), Málaga

(1) Dice Masden por equivocacion (XII, p. 17 y 18 de su obra) que el texto árabe dice: «En nombre de Dios, clemente y misericordioso: rescrito de Abdelaziz, hijo de Muza, á Teodemiro, ben Gobdo» (hijo de los Godos).

(2) Ponemos aquí el tratado en su pureza literal, y traducido no de Casiri (tomo II, p. 103), sino del mismo texto árabe que está al pie de su version latina, poco exacta.

ga y otros pueblos de la costa, sin hallar resistencia, y dejando por donde quiera, según costumbre, algunos árabes y cierto número de judíos para resguardarle los pueblos. Acompañábanle en esta expedición Otman ben Abi Obeida el Masi, uno de los más antiguos compañeros de armas de Muza ben Nuseir, su padre, y que había firmado el primer tratado de paz concluido con Tadmir ben Gobdos, el cristiano, rey de la parte oriental de Andalucía; Abdallah ben Maicera el Faheni, otro camarada antiguo de Muza; Habib, su amigo, hijo del esclarecido Okbah, otro amigo de su padre; Abul Casem el Mozeli, y otros más mozos que descollaron después en las guerras de los musulmanes.

Resulta del tratado de paz de Orihuela que el territorio, ó más propiamente, el reino de Teodemiro se componía de siete ciudades con sus distritos, citándolas con nombres harto desfigurados y bárbaros para dejar dudosas sus correspondencias puntuales con los pueblos modernos. Conceptuamos sin embargo que Auriualet es Orihuela, Balentolat Valéncia, Locant, Alicante, Mula Mula, Biscaret Bijerra, Atzhi Aspis, y Lucat Lorca (1).

Entretanto, ya porque el empeño de Mugeith el Rumi lograrse bienquitar á Tarec con Muza, ya porque tuviese orden del califa, como otros más verisimilmente lo afirman, para devolverle el mando, Tarec, recién baqueteado y encarcelado, quedó repuesto en el mando de una de las divisiones del ejército conquistador; la vencedora á sus órdenes, en el Guadalete. Tales eran las aprehensiones de aquella gente, que tras de recibir en público un castigo afrentoso, cupo á Tarec un nuevo mando en jefe sin menoscabo de su nombradía. Aparentó Muza una reconciliación entrañable, y dispuso que Tarec partiese sin demora para la España oriental, mientras él se encaminase con su propia tropa á Galicia y á toda la parte del Norte de la península que aun quedaba por allanar.

Los historiadores nacionales de la conquista nombran país de Tzogur el que Tarec estuvo encargado de sojuzgar á las armas musulmanas. Sea cual fuere el origen del nombre, el país de Tzogur, que aparece por la vez primera en los autores arábigos (2), abarcaba según el Dhobi, desde

el confin de Talavera, casi todo el territorio al Sur y al Oriente de Toledo, la Mancha, Alcarria, Cuenca, hasta Tortosa. Muza y Tarec entablaron á una sus expediciones, y los pormenores que tenemos acerca de la organización de sus ejércitos les son muy honoríficos; tenía la tropa que ir espedita y descargada de equipages cuanto fuese dable. Los ginetes llevaban un odre y un saquillo de cuero capaz de contener provisiones para algunos días, una marmitilla de cobre y luego las armas indispensables. Los infantes no llevaban más que sus armas; y las provisiones de cada taifa, cargadas en suficientes acémilas, se repartían según el número de las banderas. Los conductores del bagaje eran los menos robustos, reservando los brazos de todo desempeño para las refriegas. El mando entre los árabes venía á ser tan religioso como militar, pues el general celaba el cumplimiento de las obligaciones del islamismo, prescribía á la tropa su sistema de conducta, y le iba leyendo, según la coyuntura, algunos pasos selectos del Alcoran; daba su señal para la plegaria; era su juez, y hasta cierto punto su confesor, recordando el despropio de sí mismos y el servicio de Dios á los que se distraían. Al salir de Toledo, entrambos generales renovaron á sus tropas la prohibición, bajo pena de la vida, del robo y aun del saqueo, excepto en el campo de batalla, después de la victoria, ó en los asaltos de los pueblos, requiriendo, la disciplina, aun en tales casos, la autorización expresa del caudillo.

Encaminóse Tarec á Levante, hácia las fuentes del Tajo, atravesando las sierras quebradísimas de Arcabica, Molina y Segoncia, y bajando luego á las llanuras que baña el Ebro. Muza fué atravesando sierras por Séntica y Salmántica, que se rindieron sin resistencia; sojuzgó el país hasta Astórica, revolvió, Duero arriba, hácia la parte oriental de España, y por el Ebro abajo vino á incorporarse con Tarec ante Medina Saracusta (Zaragoza) que la división de Tarec estaba ya estrechando. Habíase este apoderado ya de todos los pueblos de las cercanías, más hallaba en el último, á donde se habían agolpado todos los hombres de armas tomar, porfirada resistencia. La te-

(1) Dice Masdeu por equivocación (t. XII, p. 17 y 18 de su historia) que Teodemiro capituló y entregó Orihuela á Abuzara. Por lo demás Masdeu padece frecuentes quebras y errores en su obra.

(2) Hay quien opina que Tzogur es una corrupción del latín *Turguria*, significación de un país de aduanares, *Turguria á tecto*

que sería muy largo ir repitiendo. *appellantur domicilia rusticorum sordida* (Forcellini Lexicon, tom. IV, p. 452), por cuanto el país á que se aplicaba era de los más montaraces de la península. Se dan otras muchas esplicaciones

nia sin embargo en el postrer trance con un sitio esmerado y repetidos asaltos, hasta que con la llegada de Muza desmayaron los cristianos de todo punto, y acudieron á rendirse con las condiciones usuales.

Ufano Muza con la mella que causó su llegada, y desalado tras las muchas preciosidades que le constaba se habian apolpado allí de todos los pueblos de la España oriental, les impuso además de lo acostumbrado, una contribucion extraordinaria de guerra que se le debía aprontar el dia mismo de su entrada; llamándola contribucion de sangre, en rescate de los asaltos de la espada del vencedor. Tuvieron los zaragozanos que avenirse á todo, recogiendo y juntando todas sus preseas y las de las iglesias para completar la enorme suma de metálico requerida por el caudillo; quien para afianzarla, tomó á su albedrío rehenes de la juventud mas señalada de la ciudad.

Dejó luego una guarnicion de tropa selecta al cargo de Hanasch ben Abdalá el Seaani, quien poco despues edificó una mezquita magnífica y una aldjema aventajada.

Así se iba redondeando la conquista de España, pues el ejército continuaba sus expediciones, entrando sin resistencia en los pueblos principales de Aragon y de la Cataluña moderna. Calagurris, Tarazona, Osca é Ilerda quedaron al punto sojuzgadas, y en la última, los dos caudillos se dividieron las fuerzas. Fué Muza siguiendo la costa, se apoderó de Barcelona, de Gerona, de Ampurias, de la antigua Rosas, ciudad griega planteada al vertiente del picacho que forma el cabo oriental de los Pirineos (*promontorium Pyrinæum*) ó cabo de Creus, y de algunos de los próximos tránsitos del Pirineo, á los cuales daban el nombre de puertos, y que los árabes llamaron al Bortat. Por mas que se ha dicho (1) que Tarragona, Ampurias, Urjel y Ausona quedaron absolutamente arrasadas por Muza, no asoma sobre el particular testimonio concluyente, sino respecto de la última, que padeció con efecto al parecer el sumo enojo del vencedor.

Segun El Nowairi, tramontó tambien las cumbres y se internó por el pais de Afranc, señoreando á Medina Narbona, mas no consta que se adelantase tanto, y hay que referir á otra expedicion la toma de los siete ídolos ecuestres de plata, co-

mo los llama el Nowairi, hallados en la iglesia principal de la ciudad. Otro historiador le hace arrebatat igual número de columnas de plata maciza de la iglesia de Santa Maria de Carcasona, donde es todavía mas dudoso que haya entrado jamás (1). Por lo que aparece, los embates de Muza por la Galia se redujeron á correrías de reconocimiento (al garah (2) por el pais que forma ahora el Rosellon. Iba al mismo tiempo Tarec Ebro abajo, desde las sierras de Tortuja (Tortosa), apoderándose rápidamente de Murbiter (Murviedro), de Valencia, Játiva y Denia, hasta el confin mal deslindado del reino de Teodemiro. Quedaban por donde quiera los vecindarios dueños pácíficos de sus haberes bajo la fé y amparo de los musulmanes, quienes tan solo se apropiaban el caudal de los fugitivos. De las provincias orientales inmediatas al Pirineo, por donde fué planteando, y en algunos parajes con tropelia, dicen, la autoridad musulmana, revolvió luego Muza hácia el centro y el extremo opuesto de la península al Noroeste. Deslindan los historiadores arábigos la suma diferencia de temples en los dos caudillos musulmanes. Muza apetecia mas y mas riquezas, apropiándose las por entero, al paso que Tarec mostraba otro régimen y otros rasgos, partiendo fielmente con sus soldados el despojo y las contribuciones de guerra, y reservando con suma escrupulosidad el quinto para el califa; y si damos crédito al autor seguido por Condé, se desentendia de dar cuenta á Muza de sus operaciones, escribiéndose las directamente al califa; y Muza por su parte no contemplaba tampoco á su competidor en su correspondencia con el caudillo de los creyentes, quejándose amargamente de su insubordinacion y de sus profusiones, tan opuestas á las máximas militares de los musulmanes.

De tantas quejas, dice sosegadamente un autor arábigo, el califa El Walid ben Abd el Melek concluyó que se hacia forzoso poner en otras manos el desempeño de aquella conquista, y llamó á sí hasta la misma Siria á entrambos generales que estaban así comprometiendo los progresos del islamismo con sus discordias. Mugueith el Rumi, que habia pasado á Damasco de portador individual de las primeras victorias de los árabes en España, tuvo orden para regresar á la península con el encargo de notificar á los

(1) Maccapry, Mss. de la Bib. real, citado por Mr. Reinaud, n.º 704, fol. 75 recto.

(2) Llamaban así igualmente los árabes las expediciones de reconocimiento que solian hacer antes de entablar la conquista.

dos contrarios la voluntad de Walid. Obedeció pronto y calladamente Tarec, pero Muza desatendió la disposición del califa. Enterado de que los cristianos se iban refugiando á las montañas de Galicia y Asturias, se encaminaba allá con ánimo de dar poderoso empuje á la guerra, cuando un segundo enviado, Abu Nashr (1), le sobrecogió en Lugo, y en medio de su ejército, y asiéndole las riendas del caballo, le notificó de nuevo terminantemente la orden del califa (2).

Si es positivo que Muza tenia ideado el grandiosísimo intento de conquistar la Europa entera tras la España, y de no volver á Siria hasta dejar sucesivamente avasalladas la Gاليا, la Germania, la Italia, el imperio romano de Constantinopla y desde el Océano Atlántico hasta el Ponto-Euxino, combinando esta expedición inmensa con los conatos mancomunados de otro ejército musulmán internado por el Asia Menor (3), se deja discurrir cuán vehemente seria su ira al tener que abandonar una empresa tan esclarecidamente planteada. A su edad trataba de no desperdiciar un punto y estremar por el islamismo el sumo brío que estaba todavía abrigando; mas hubo que obedecer, y acosado de quebranto, se marchó esperanzado todavía de hacer aprobar por el califa su esplendoroso proyecto. Encargó á Abdelaziz el gobierno supremo de la península, fijando su solio en Sevilla, desde donde eran fáciles y cómodas las comunicaciones con el gobierno central del Africa, y juntando sus preciosidades atesoradas en tanta expedición venturosa, la decantada mesa de Salomon, las coronas de oro halladas por Tarec en los alcáceres de los reyes godos de Toledo, y una porción inmensa de oro y pederrias, pasó el estrecho, visitó á su Almagreb, primer teatro de su aprendizaje guerrero, donde habia ido avasallando las tribus bereberes con tanta gloria y afán, hasta treinta mil prisioneros, y entre ellos cuatrocientos mancebos de las familias reales godas, esto es, de las alcurnias principales godas, cuyos individuos eran elegibles para la

soberanía (pues tal es el sobreentendido de las familias reales godas) le fueron acompañando en su marcha triunfal por toda la costa de Africa.

Habia llegado Tarec á Damasco antes que su competidor, y se cuenta que fué manifestando su desempeño con desenfado y se grangeó el afecto del califa. «Los honrados musulmanes de tus ejércitos que me han conocido en Africa y en España pueden informarte de quién he sido yo en todas ocasiones; y hasta nuestros enemigos los cristianos te podrán decir si fui cobarde, cruel ó avariento.»

Al estar ya Muza á pocas jornadas de Damasco, con su caravana de triunfador, enfermó Walid gravemente, y Soleiman, su hermano y sucesor, para reservar el boato de la entrada del vencedor de España al dar principio á su califato, le escribió que hiciese alto donde quiera que recibiese el aviso, dilatando por algunos dias su llegada á Damasco. Entregaron á Muza la carta de Soleiman en Tiberias de Palestina; mas sea por fidelidad con Walid, ó que no conceptuase tan ejecutivo su fallecimiento, pasó adelante y entró en Damasco mismo con su carretaría cargada de despojos y su grandiosa comitiva de cautivos, antes de espirar Walid.

Resultó de aquí el encomio de Soleiman contra Muza, que se patentizó luego formidablemente por sus estragos. El califa moribundo no le pidió probablemente esplicación alguna, y en vano se esmeró en doblegar al sucesor poniendo á sus pies la presa inmensa que habia sacado de España. Mantúvose Soleiman inflexible, haciendo purgar á Muza crudamente su desobediencia. Dispuso que compareciesen á su presencia ambos contrincantes, y las resultas que se refieren de aquellos altercados corresponden por lo visto á los primeros dias de su reinado. Se estuvo complaciendo en azuzar la pelea del wali con su lugar-teniente, animando á este con palabras y miradas. La historia de aquel altercado asoma en los autores arábigos con todos los visos de una conseja, ó de una crónica candorosa de la edad media. Encareciendo Muza ante el califa la ponderada mesa de esmeralda y de oro que ofrecimos volver á mentar en la historia. «Yo he sido su descubridor, y yo te lo aseguro, emir de los fieles, dijo Tarec.—Yo lo fui, contestó Muza; ese hombre te está engañando.—Falta un pié á la mesa, y preguntese qué se ha hecho al que la trae, dijo Tarec.—Muza contestó que ya le faltaba al hallarla.—Conceptúese la veracidad de Muza,» replicó Tarec, manifestando el pié que traía consigo, y el anciano wali quedó convicto de mentira. Acudió el encono de Soleiman á este pretexto para saciarse, y el ven-

(1) Enviado probablemente por Mugeith el Rumi.

(2) Segun Ahmed (Mss. de Gotha, fl. 53, lugar citado por Lembke), «habia tomado el fuerte de Baru y el de Lek, y se habia detenido para pasar de allí al peñasco de Pelayo y al mar verde.»

(3) Atestiguan el proyecto de Muza varios autores arábigos, y especialmente Maccarry (Mss. de la Bib. real, citado por Reinand, núm. 784, fol. 62, v. y 75 recto). Grandisimo y peregrino era aquel plan de conquista, que Walid conceptuó disparatado por su inmensidad, y que no iba en zaga al de Mitridates:

Mas para ser de todos celebrado

Tan gran proyecto, lo han de ver colmado.